

I

Me llamo Piera Sonnino. Nací hace treinta y ocho años en Portici, en los alrededores de Nápoles. Fui la cuarta hija que tuvieron mi madre, Giorgina Milani, y mi padre, Ettore. Su matrimonio, celebrado en Roma, según el rito judío, en 1910, fue fastuoso, tal y como correspondía a la condición social de ambas familias; la ceremonia concluyó con un concierto en el que cantó una soprano famosísima en aquel momento. Para mi madre, profundamente enamorada del hombre que se había convertido en su esposo —y también para mi padre—, el anhelo de una vida en común se cumplía en medio de los mejores augurios.

El primogénito fue Paolo; a él le siguieron Roberto, María Luisa, yo misma, Bice y Giorgio. Mi padre era un hombre guapísimo. La única fotografía suya que se ha salvado lo muestra todavía joven, con el aspecto de un *gentleman* de finales de siglo, elegante y de aire jactancioso. Era bueno y generoso, como saben serlo los napolitanos. Proveniente de una familia de la burguesía media —el honorable Sidney Sonnino era primo de nuestro abuelo—, conservó durante toda su vida, a pesar del deterioro físico y las atroces humillaciones que padeció hasta la última y larga noche de Auschwitz, esa nobleza natural que a nosotros, sus hijos, siempre nos infundió respeto y obediencia.

Durante muchos años la profesión que le impuso la tradición familiar, y a mi parecer, aceptada por él con muchas reservas, fue la de hombre de negocios, comerciante y representante comercial; un oficio que, dependiendo de las circunstancias, desempeñó con fortuna desigual, generalmente bastante escasa. En los periodos en los que la suerte le favorecía y lograba cerrar algún buen negocio, mi padre, con un entusiasmo casi infantil, llenaba la casa de todo aquello que, aun superfluo, él juzgaba que podía aligerar la existencia de su mujer y sus hijos. Incluso antes de 1938, año en el que, con la entrada en vigor de las leyes raciales, la condición humana y social de nuestra familia se rompió en mil pedazos, nos encontramos pasando días y días de digna miseria rodeados de gramófonos, discos de alta gama y máquinas fotográficas de último modelo. Es inútil decir que aquellos testigos de tiempos mejores desaparecieron al poco tiempo, bajo el apremio de las necesidades familiares.

Mi madre había nacido en Roma, había obtenido el diploma en enseñanza y era una excelente pianista. Se declaraba enemiga de las canciones ligeras, pero nosotros, sus hijos, de vez en cuando lográbamos que se olvidase de Bach y de Haydn y la incitábamos con cariño a que se sentara al piano para tocar las arias de moda. En muchas ocasiones, en medio de un motivo alegre, de repente la música se interrumpía y las notas de una sonata se expandían durante un instante en la habitación. Mi madre tocaba con aire absorto, como si extrajese de dentro de sí, y no solamente de su memoria, aquellos fragmentos tan a menudo melancólicos. Con la distancia de los años y la experiencia que la

vida me ha dado, el amor que siempre he sentido por mi madre ha acabado transformándose en veneración.

Hoy puedo medir en toda su extensión —y, si no comprender, sí al menos intuir— qué compleja y grave carga tuvo que llevar, qué suma de angustias la torturaron durante años antes de llegar al fin que le esperaba. El carácter de mi madre, como el del resto de mi familia en general, no era excesivamente abierto; sus reglas eran el silencio y el control de los propios sentimientos. Sin embargo, recuerdo el momento en que ambos se quebraron ante los acontecimientos posteriores, el día del arresto, la deportación, nuestra última larga noche en el inmenso barracón de clasificación en Auschwitz: recuerdo su llanto ininterrumpido de pobre mujer destrozada.

Paolo se había licenciado en Economía y Comercio en 1940. Para pagarse sus estudios había tenido que trabajar, aunque, especialmente tras la promulgación de las leyes raciales, los trabajos que encontraba eran siempre intermitentes y muy mal pagados. Su licenciatura fue el resultado de inmensos sacrificios y un carácter serio y tenaz. Creo que Paolo, pese a ser el primogénito y el que, de todos nosotros, gozó en mayor medida de un periodo de tranquilidad, murió sin haber conocido el amor. En nuestra casa estaba prohibido hablar de ciertos temas, y el amor se encontraba entre ellos. Pese a ello, recuerdo algún episodio o alguna alusión por parte de Paolo. Lo tengo presente en la memoria totalmente absorto: en el trabajo y el estudio, primero, y luego, en las preocupaciones cotidianas; la misma preocupación que, también a nosotros, sus hermanos y hermanas, nos negó la juventud y

el amor, e incluso poder soñar con un porvenir. Desde 1938 en adelante, durante cinco años, vivimos en un tiempo sin futuro, un oscuro presente sobre el que gravitaba, confusa e indistinta, la pesadilla que nos engulló después del 8 de septiembre de 1943.

Por su parte, mi hermano Roberto tuvo que interrumpir sus estudios a los quince años y buscar trabajo. Todo cuanto mi padre ganaba no era entonces, como por lo general no lo fue nunca, suficiente como para garantizar un nivel de vida mínimamente modesto a nuestra familia, formada desde 1925 por ocho miembros. La primera paga de Roberto fue de doscientas liras mensuales. Era un joven práctico, alegre, amante de la vida. A medida que nuestro padre y nuestra madre reaccionaban cada vez menos ante la pesadilla que se nos echaba encima, él fue, si no el sostén, sí al menos quien supo afrontar en mayor medida las responsabilidades familiares. Fue Roberto quien llevó a cabo algunas de las iniciativas que tantas veces nos procuraron el pan y nos libraron de situaciones angustiosas. En cualquier caso, era el menos contemplativo de todos, y, si hubiese podido acabar sus estudios, probablemente no habría tenido el éxito de Paolo, y no por ser menos inteligente. Tenía un carácter poco metódico, antojadizo, propio de un hombre de personalidad rica en buen sentido e ideas.

Giorgio fue el último en nacer. Desde el momento en que tuvo uso de razón creció dentro de una pesadilla. Los últimos nueve meses de su existencia los vivió encerrado entre los muros del apartamento de la calle Montallegro, en el barrio de San Martino, donde habíamos encontrado alojamiento y refugio.

Durante nueve largos meses se le apartó de la sociedad y de la vida. Se volvió nervioso hasta la exasperación, y durante los bombardeos aéreos padecía crisis que le dejaban exhausto. Nosotras, sus hermanas, le proporcionábamos libros: más tarde nos pedía volúmenes de historia, en particular del primer Renacimiento. Se convirtió en un profundo conocedor de las biografías de Mazzini y de Garibaldi. En los últimos tiempos había empezado incluso a memorizar un diccionario. Por la mañana, cuando venía a ayudarnos a la cocina, nos preguntaba el significado de las palabras más abstrusas y menos corrientes que encontraba, y se divertía poniéndonos en evidencia. Le dábamos siempre pie a largas disertaciones que nacían de una necesidad que había en él, y que nosotros comprendíamos, de sentirse vivo a través de sus propias palabras. Pero incluso aquellos momentos de distensión eran escasos. Giorgio, minuto a minuto, día a día, vivió nueve meses de terror. Fue el primero de nosotros que entró en la antecámara de la muerte y, cuando esta fue a por él, cedió sin resistirse.

Maria Luisa era la hermana mayor. Era una joven hermosísima, de carácter muy parecido en muchos aspectos al de Roberto. Cuando estuvimos en Auschwitz y, más tarde, separados ya de nuestra familia, en Belsen y en Braunschweig, ella fue como una madre para Bice y para mí. Ahora, después de quince años, de tanto en tanto, cuando a mi alrededor reina el silencio, me parece que vuelvo a oír su voz, delicada y ronca, alzándose sobre el barracón, como cuando nos cantaba a Bice y a mí para mantener viva en nosotras la esperanza de que sobreviviríamos. Una tarde en que

acabábamos de volver a la pocilga de Braunschweig, al sucio barracón que compartíamos unas pocas judías italianas con setecientas correligionarias húngaras, una vigilante vino a leernos una lista con los nombres de algunas de las deportadas. Entre ellos estaba el de María Luisa. Nuestra hermana se puso en fila junto a las demás. Bice y yo pensamos que igual las destinaban a un turno extra de trabajo, tal y como ocurría con frecuencia. No tuvo tiempo de despedirse. No la volvimos a ver más.

Bice se parecía a nuestra madre más que cualquier otro hijo, sobre todo en el carácter. Fue la penúltima en nacer. Era todavía una niña cuando pasó por Auschwitz, Belsen y Braunschweig. Durante cuatro días su cadáver permaneció abandonado en un banco de madera en mitad del invierno, y al final desapareció bajo la nieve. Mi padre, Ettore Sonnino, y mi madre, Giorgina Milani, de sesenta y cuatro y cincuenta y ocho años respectivamente, fueron asesinados en las cámaras de gas de Birkenau el 28 de octubre de 1944. Paolo, de veintisiete años, y Roberto, de veintitrés, murieron en el mes de noviembre. A María Luisa la mataron con veinticinco años en Flossenburg, el 20 de marzo de 1945. Bice murió en la noche entre el 15 y el 16 de enero de 1945. Tenía veintiún años. El número que la muerte imprimió en mi brazo, y todavía llevo, es el A26699. En septiembre de 1950, después de cinco años de curas y sanatorios, volví a la vida. Fui la única que sobrevivió de toda mi familia.